



Las empresas estadounidenses, especialmente las tecnológicas y farmacéuticas, se están agigantando no sólo por su alcance, sino por el dinero que acumulan, debido a varias razones estructurales y coyunturales, tanto financieras como fiscales. Escrita antes de la última reforma de la fiscalidad impulsada por la Administración Trump, la investigación de John R. Graham y Mark T. Leary siembra dudas sobre la tesis del estancamiento secular (y su objeto de estudio), uno de los grandes temas de la economía actual.

Como primer libro hemos elegido el último de Dani Rodrik, uno de los pensadores económicos y sociales más preclaros de nuestros tiempos, que ofrece una serie de ideas para domeñar la globalización y evitar su desigual choque, que provoca un crecimiento de los populismos en nuestras sociedades. Como segundo libro, introducimos unas reflexiones de Michael R. Auslin que ponen en duda diversos supuestos sobre el milagro económico asiático, otro de los asuntos centrales de la actualidad. ¿No estamos ante el siglo asiático tan preconizado?

Para comparar los cambios en su apreciación, aportamos un año más el último informe sobre las perspectivas tecnológicas de la consultora Gartner, en las que destacan tres megatendencias: la ubicuidad de la inteligencia artificial, la inmersión transparente y el auge de las plataformas digitales. Como idea de desarrollo más breve, recogemos cómo las diferencias en esperanza de vida, unidas a una creciente desigualdad de renta, llevan no sólo a una mayor desigualdad, sino a cuestionar el futuro del sistema de pensiones. Y cuando Italia se prepara para unas nuevas elecciones que vuelven a poner en entredicho la estabilidad europea, vemos que parte de los problemas económicos de ese país se deben a un retraso en la cultura empresarial, que no ha entrado plenamente en las nuevas tecnologías.

Espero haber despertado su interés.

Con mis mejores saludos,

Andrés Ortega

Director



¿POR QUÉ HA ENGORDADO LA CAJA DE LAS EMPRESAS?

ARTÍCULO ORIGINAL: **John R. Graham** y **Mark T. Leary**.

RESUMEN Y COMENTARIO: **Miguel Artola Blanco**.

SÍNTESIS: *En la actualidad, las empresas estadounidenses acumulan el mayor nivel de caja observado desde los años cincuenta. Este aumento de liquidez se debe fundamentalmente al comportamiento de las nuevas compañías tecnológicas y del sector sanitario, pero también a las condiciones macroeconómicas (oportunidades de inversión, incertidumbre, etc.).*

Los partidarios de la tesis del estancamiento secular deberían explicar la paradoja de que las empresas más innovadoras y con mayor inversión en I+D (tecnológicas y farmacéuticas) atesoren más efectivo en sus balances.

| LIBROS |

IDEAS PARA UNA ECONOMÍA MUNDIAL SANA. *Straight Talk on Trade: Ideas for a Sane World Economy*, de **Dani Rodrik**.

GRIETAS EN EL MILAGRO ASIÁTICO. *The End of the Asian Century: War, Stagnation and the Risks to the World's Most Dynamic Region*, de **Michael R. Auslin**.

| OTRAS IDEAS DE INTERÉS |

TRES MEGATENDENCIAS TECNOLÓGICAS. **Gartner Inc.** *Se consolidan los tres grandes bloques: inteligencia artificial, experiencias de inmersión transparente y plataformas digitales.*

LAS DIFERENCIAS EN ESPERANZA DE VIDA SEGÚN LA RENTA FOMENTAN LA DESIGUALDAD. **Peter Haan, Daniel Kemptner** y **Holger Lüthen**. *Los contrastes en longevidad, unidos a una creciente desigualdad de la renta, están generando grandes incrementos en la desigualdad.*

LA CULTURA EMPRESARIAL, NUEVA ENFERMEDAD ITALIANA. **Bruno Pellegrino** y **Luigi Zingales**. *Persisten las prácticas obsoletas e ineficientes en la gestión de las empresas, que no han aprovechado el potencial transformador de las nuevas TIC.*

¿POR QUÉ HA ENGORDADO LA CAJA DE LAS EMPRESAS?

■ **Publicación:** «The evolution of corporate cash», *Working Paper 23767*, The National Bureau of Economic Research (NBER), septiembre de 2017.

■ **John R. Graham** es catedrático de Finanzas de la Universidad de Duke; y **Mark T. Leary**, profesor adjunto de la misma especialidad en la Olin Business School de la Universidad de Washington en San Luis (Missouri).

LA IDEA

Resumen: En la actualidad, las empresas estadounidenses acumulan el mayor nivel de caja observado desde la década de 1950. Este aumento de la liquidez se debe al comportamiento de las nuevas compañías tecnológicas y del sector sanitario, pero también a las condiciones macroeconómicas (oportunidades de inversión, incertidumbre, etc.) y a las políticas de optimización fiscal que evitan repatriar los beneficios generados en el extranjero.

Establecer el nivel óptimo de caja es un problema clásico de las empresas modernas. Disponer de liquidez es una condición obligatoria para evitar la venta de activos en caso de desequilibrio en los flujos de caja. Acumular efectivo, sin embargo, conlleva tres costes implícitos: genera unos retornos inferiores a los activos productivos; a menudo incrementa la carga fiscal, e induce a problemas de agencia, ya que los directivos pueden utilizar estos recursos en beneficio propio. La política de tesorería de las empresas es, por tanto, una cuestión recurrente sobre la que existen diversos modelos e infinidad de estudios empíricos.

Graham y Leary realizan una nueva aportación a este campo al elaborar una impresionante base de datos de balances empresariales que abarca desde 1920 hasta la actualidad. Para ello, reúnen los datos contables de todas las empresas cotizadas en la Bolsa de Nueva York (NYSE) y los otros mercados de valores (Amex y Nasdaq) que surgieron en la segunda mitad del siglo xx. Asimismo, con una periodicidad decenal, recaban los de todas las sociedades cotizadas, incluyendo aquéllas de menor tamaño que sólo estaban presentes en bolsas regionales o en mercados alternativos. Por último, incorporan las series recopiladas por la Hacienda estadounidense sobre todas las sociedades, cotizadas y no cotizadas.

Al presentar sus resultados, los autores detallan las diferencias entre los niveles promedio (que ponderan por igual a las empresas grandes y pequeñas) y los niveles agregados (que suman los activos de todas las sociedades en la muestra). Asimismo, excluyen los sectores fuertemente regulados (finanzas, servicios públicos y telecomunicaciones), por cuanto la tesorería de estas empresas sigue unos parámetros distintos. Teniendo en cuenta estas prevenciones, los resultados indican que se han sucedido cuatro fases en este período de casi cien años. Primero, un incremento extraordinario en los niveles de caja durante los años veinte y treinta, seguido de un declive gradual, desde el final de la Segunda Guerra Mundial y hasta los setenta. Es a partir de entonces cuando se produce una divergencia notable en la liquidez observada tanto en promedio como en términos agregados. Desde los años ochenta, las pequeñas sociedades cotizadas empiezan a acumular más caja, mientras que las grandes empresas no siguen esta tendencia. Es sólo a partir del 2000 cuando

comienzan a converger: los niveles de caja de las pequeñas compañías dejan de aumentar (aunque se mantienen en cotas muy elevadas) y las grandes empiezan a almacenar más efectivo.

Así pues, estas oscilaciones se explican por distintas fuerzas. El incremento en los niveles de caja ocurrido de 1980 al 2000 puede denominarse, a costa de simplificar, el «efecto Nasdaq». Las nuevas empresas cotizadas de este mercado, en particular las tecnológicas y sanitarias, acumulan más efectivo para hacer frente a sus mayores oportunidades de inversión y unos flujos de caja extremadamente volátiles. Este patrón marca una ruptura con épocas anteriores, pues antes también existían pequeñas compañías en sectores innovadores, pero su política de tesorería no exigía tanto efectivo.

Las condiciones macroeconómicas son la otra fuerza que explica los cambios a largo plazo. La evidencia muestra que las empresas gestionan su posición de tesorería dentro de una horquilla determinada por los beneficios generados y las oportunidades de inversión. Siguiendo esta lógica, en períodos de crecimiento o cuando se producen incrementos en la productividad, el nivel de caja es superior. Del mismo modo, la incertidumbre en la política económica juega también un papel destacado. Frente a cambios políticos inesperados (como los ocurridos en la década de 1930 o en el período de 2008 a 2013), las empresas mantienen más efectivo como medida de precaución ante un deterioro de sus flujos de caja a futuro.

La optimización fiscal es el último factor relevante en este estudio. Como es bien sabido, el sistema fiscal estadounidense obliga a las empresas a tributar por los beneficios generados en el extranjero por la diferencia entre el tipo aplicado en el país de origen (por ejemplo, Irlanda, al 12 %) y la tasa vigente en EE UU (el 35 % en la actualidad). Sin embargo, esta medida se aplica sólo a los beneficios que efectivamente son repatriados al país, por lo que las compañías pueden aparcarlos en otras jurisdicciones sin pagar impuestos. Esta estrategia ha cobrado mayor protagonismo desde el 2000, una vez que la presión fiscal del impuesto sobre sociedades en los países de la OCDE se ha situado de forma clara por debajo de la que prevalece en EE UU.

COMENTARIO

Por **Miguel Artola Blanco**, investigador posdoctoral del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Carlos III de Madrid.

«El exceso de liquidez de las empresas es un síntoma de la debilidad de la inversión que explica por qué la recuperación está siendo tan débil».

«La experiencia durante el siglo xx dice que las empresas no acumulan más caja si carecen de oportunidades atractivas para invertir».

Estudiar la liquidez de las empresas puede parecer *a priori* una cuestión que sólo preocupa a los expertos en gestión empresarial. Sin embargo, dos recientes debates han demostrado que su política de tesorería tiene importantes implicaciones para entender el mundo actual. De una parte, los defensores de la tesis del estancamiento secular –con Larry Summers entre sus más destacados portavoces– insisten en que el elevado nivel de caja muestra cómo se ha roto el anterior equilibrio entre ahorro e inversión. En un contexto de caída en la demanda, las compañías optan por posponer sus planes de inversión y, por ello, acumulan más efectivo en sus balances. El aumento del ahorro conduce a una caída en los tipos de interés que, en una situación normal, produciría un incremento de la inversión. Sin embargo, teniendo en cuenta las limitaciones actuales en la política monetaria, este mecanismo automático ha dejado de funcionar. El exceso de liquidez de las empresas es un síntoma de la debilidad de la inversión que explica por qué la recuperación está siendo tan débil.

El otro ámbito en el que el dinero de las empresas está generando una creciente atención es la fiscalidad. El diagnóstico del problema empieza con la caída sostenida en la recaudación por el impuesto sobre sociedades que viene produciéndose en todos los países de la OCDE. Como ha tratado Gabriel Zucman en diversos trabajos, esto no se explica sólo por la reducción en los tipos impositivos, sino también porque el marco de tributación no ha sabido adaptarse a un mundo globalizado donde los viejos principios contables no permiten determinar qué parte del beneficio se ha generado en el país de origen y cuál en el extranjero. En otras palabras, el aumento de la liquidez de las empresas estadounidenses indica que se ha generado una compleja arquitectura societaria que aparca los beneficios en otras jurisdicciones, para así reducir la carga fiscal (algo que intenta reducir la reforma fiscal de Trump). En las empresas europeas este fenómeno no se ha producido con la misma magnitud, pero ello se debe al distinto régimen de tributación (las empresas pagan impuestos en cada país), si bien la conclusión es la misma: el impuesto de sociedades recauda menos. Las implicaciones para la sostenibilidad de los ingresos públicos y la progresividad del sistema fiscal resultan evidentes.

«El marco de tributación no ha sabido adaptarse a un mundo globalizado, donde los viejos principios contables no permiten determinar qué parte del beneficio se ha generado en el país de origen o en el extranjero».

El trabajo de Graham y Leary aporta una base empírica sobre la que profundizar en estos debates, pues, al construir una serie homogénea para un período tan largo, muchas de las aseveraciones que se hacen en la actualidad pueden ser corroboradas o matizadas. En particular, algunos postulados que sostienen la tesis del estancamiento secular resultan particularmente endebles. La experiencia durante el siglo xx nos dice que las empresas no acumulan más caja si carecen de oportunidades atractivas para invertir, sino que suelen optar por distribuir el excedente a sus accionistas en forma de dividendos. Los costes que implica una mayor liquidez (fundamentalmente, asumir retornos más bajos sobre los activos) se aplican por igual al pasado y al presente. De igual manera, los partidarios de la tesis del estancamiento secular deberían explicar la paradoja de que

«El crecimiento de los ingresos por patentes o activos inmateriales podría fomentar la acumulación de dinero en jurisdicciones con una fiscalidad más baja».

las empresas más innovadoras y con mayor inversión en I+D (tecnológicas y farmacéuticas) acumulen más efectivo en sus balances. En realidad, la respuesta radica en que no existe una ausencia de oportunidades de inversión, sino, como apuntan ambos autores, en un cambio en el comportamiento de estas empresas desde la década de 1980, por lo que tienden a mantener un mayor nivel de caja.

Sin embargo, el problema de la fiscalidad es de una naturaleza distinta. En este caso sí parece existir una relación clara, en la que el aumento de la liquidez se relaciona con un proceso feroz de competencia entre países por reducir la carga fiscal sobre las empresas. El mismo diagnóstico parece también extenderse entre la opinión pública y la clase política, al menos en EE UU. No obstante, también es cierto que una reforma completa del impuesto sobre las sociedades, que adapte sus principios a la realidad del siglo XXI, sigue estando lejos de la agenda política. La multiplicidad de intereses en disputa hace más probable reducir el tipo impositivo del 35 % al 20 %, cambiar determinadas deducciones o permitir una repatriación extraordinaria de beneficios. Pese a todo, no parece que estos cambios vayan a variar las tendencias a medio y largo plazo. Mientras tanto, el crecimiento de los ingresos por patentes o activos inmateriales hace prever que la tendencia a aparcar dinero en jurisdicciones con una fiscalidad más baja se agrave con el tiempo. Debatir sobre el dinero de las empresas será una cuestión recurrente en el futuro.

IDEAS PARA UNA ECONOMÍA MUNDIAL SANA

Dani Rodrik, *Straight Talk on Trade: Ideas for a Sane World Economy* («Hablar a las claras del comercio: Ideas para una economía mundial sana»), Princeton University Press, 2017, 336 págs.

Por **Jorge Díaz Lanchas**

La economía mundial parece estar desmoronándose. No en sus fundamentos económicos, pero sí en el malestar social. La actual ola de populismos que recorre Europa y Estados Unidos no es sino un signo de una enfermedad que se había mantenido latente durante muchos años sin llegar a pronunciarse. Y lo que es peor, pocas son las soluciones y medidas que se están proponiendo para paliar, o incluso solventar, ese rechazo tan generalizado entre amplios grupos sociales de las economías avanzadas.

Con este pretexto, una de las mentes más lúcidas de los últimos años, y una de las que mejor ha entendido los beneficios y costes del proceso globalizador, ha saltado a la palestra con la intención de ofrecer una serie de ideas que animen el debate acerca de cómo conseguir un mejor funcionamiento de la economía mundial. En su último libro, Dani Rodrik no pretende dar una respuesta concreta y correcta que sirva a los países desarrollados para salir del atolladero en el que se encuentran. Por el contrario, persigue arrojar dudas sobre ciertas formas de pensar, evidenciar costes (*caveats*) tradicionalmente pasados por alto a la hora de plantear políticas y, en última instancia, enfocar y centrar el debate en torno a la globalización. Eso sí, sin ahorrar críticas contra las formas con las que se ha desarrollado este debate y, más concretamente, el relacionado con el comercio internacional.

Muchos son los análisis que Rodrik maneja a lo largo de estas páginas. Empezando por el propio rechazo a la globalización, va recorriendo múltiples áreas de conflicto dentro de los temas candentes de la actualidad. En concreto, discurre acerca de la crisis de gobernanza que está padeciendo Europa; los problemas que se empiezan a poner de relieve en las economías emergentes, así como los riesgos políticos y económicos que éstas tendrán que afrontar a medio plazo; la disyuntiva entre la gobernanza internacional y la interdependencia de la economía y las instituciones políticas; e incluso llega a plantear un enfoque normativo acerca de cómo los economistas deberían estructurar el análisis de sus políticas, subrayando los costes y beneficios de cada decisión si realmente quieren aportar planteamientos rigurosos a los debates públicos.

La vuelta al Estado-nación

Posiblemente de entre todas estas ideas, la principal del libro sea la de la «vuelta al Estado-nación (*nation-state*)». Pero no nos engañemos, no quiere decir que sea una vuelta al nacionalismo. De hecho, Rodrik hace especial énfasis en huir de éste, pese a que bien pudiese llevar a equívocos. Es más, remarca que lo relevante para su argumentación es el concepto de «Estado» (*state*) como ente delimitador de la jurisdicción, y no el de «nación» (*nation*), que emana del primero de estos dos términos.

Para entender el planteamiento que persigue, el autor parte de su famoso «trilema» de la globalización, ya planteado en su libro *La paradoja de la globalización*. A modo de recordatorio y de acuerdo con este «trilema», los países que forman parte del proceso globalizador tendrán que elegir entre dos de las tres alternativas siguientes: la hiperglo-

balización, la soberanía nacional o la representación democrática. La primera se refiere a la reducción drástica de los costes de transacción o transporte y a la intensificación de las relaciones exteriores vía el comercio o los flujos de capital; la segunda alude al uso doméstico de la política nacional; y la tercera pone el énfasis en los mecanismos democráticos que permiten recoger y manifestar las preferencias de los individuos. Según Rodrik, estos tres pilares no se pueden dar simultáneamente. De hecho, la conclusión fundamental que se deriva de este «trilema» es que, para que la democracia sea compatible con la hiperglobalización, ha de estar lo suficientemente internacionalizada, de modo que puedan captarse correctamente las preferencias de los ciudadanos involucrados, circunstancia que no concurre en el panorama actual.

Para Rodrik la globalización económica ha avanzado mucho, y muy rápido, sin que haya ido acompañada de una mejora equivalente en sus mecanismos democráticos. Es decir, mientras que una esfera ha avanzado demasiado (hiperglobalización), la otra (mecanismos democráticos) sigue pensando en esquemas puramente nacionales (soberanía nacional). Sin embargo, y aunque no cabe esperar un gran avance en la internacionalización de esquemas democráticos, volver a una situación de menor integración económica podría resultar muy costoso monetariamente. Hoy en día, ni siquiera la Unión Europea (UE) sería capaz de llevar a cabo tal campaña ante la creciente ola de populismos. De ahí que sea en este punto crucial donde Rodrik se replantea el concepto y la importancia del Estado dentro de la globalización del siglo XXI.

Recurriendo a encuestas de opinión para distintos países con la intención de ver si los individuos cada vez se sienten más «ciudadanos del mundo» (*world citizens*), el autor muestra que existe una fuerte inclinación de los mismos hacia el sentir nacional en detrimento del enfoque globalizador. Tampoco la UE se escapa de este patrón, pese a décadas de integración económica y de esfuerzos por impulsar el sentimiento europeo. Es decir, los Estados siguen siendo el primer ente en el que se sienten reflejados, independientemente de la integración internacional de sus países. De ser éste el caso, estaríamos ante una fuerte dicotomía. Esto es, mientras que los gobiernos nacionales muestran un mayor empeño por armonizar regulaciones con otros, avanzar en la gobernanza mundial y la globalización económica y, en definitiva, impulsar el ideal de una comunidad internacional formada por «ciudadanos globalistas» (*globalist citizens*), los individuos de estos países estarían mostrando preferencias (casi) en el sentido opuesto. De ahí que pueda carecer de sentido el seguir progresando sólo en los aspectos económicos de la globalización.

Frente a esta disyuntiva, Rodrik nos presenta el enfoque del Estado-nación. De acuerdo con éste, los países deberían tener una mayor autonomía a la hora de establecer las regulaciones que les atañen, más aún si éstas vienen sustentadas por la mayoría de sus conciudadanos. Esto es, en la medida en que existiese cierto grado de independencia para que cada país se insertase en la globalización, sería posible conseguir un mayor nivel de diversidad y heterogeneidad que bien podría estar en línea con las preferencias nacionales acerca de cómo integrarse internacionalmente. A modo de ejemplo, sostiene que si la Unión Europea quisiese establecer una normativa sobre los alimentos genéticamente modificados porque así lo deseara la ciudadanía europea, debería tener la libertad de hacerlo sin sufrir presiones para regular de acuerdo con los estándares marcados por los socios comerciales. De este modo, se conseguiría evitar un rechazo posterior de los individuos hacia dichos pactos, tal y como ocurre en la actualidad con los tratados de libre comercio (TLC).

El propio autor reconoce que esta forma de operar podría estar sujeta a mucha arbitrariedad, que incluso pudiese perjudicar al resto de países, pero ofrece diversos contraejemplos en los que varios países se han visto igualmente perjudicados por la inserción de sus economías en el plano internacional, aun cuando han seguido los estándares acordados por diversos marcos regulatorios como los TLC o las normativas relativas a instituciones,

como por ejemplo, la Organización Mundial del Comercio (OMC). Éste sería el caso de países como México, cuya economía, tras seguir los marcos internacionales de liberalización comercial, se vio dañada por la recepción de importaciones a precios menores provenientes de países de menor renta, cuando, de haber seguido un esquema «a la Bretton Woods» basado en subsidiar las exportaciones (como hicieron Corea del Sur y Taiwán en los años sesenta y setenta, o China hasta su entrada en la OMC), posiblemente hubiera mejorado sus resultados económicos a largo plazo.

Crítica de la multilateralidad

Hay que ser conscientes de que, dentro del marco actual de relaciones internacionales, el exceso de arbitrariedad bien podría llegar a crear conflictos entre países. Para evitar esto, tradicionalmente se ha recurrido a sistemas de gobernanza mundial tales como la multilateralidad o demás pactos entre gobiernos. Sin embargo, Rodrik nuevamente se muestra muy crítico con estos planteamientos, pues considera que dichos acuerdos internacionales han perseguido principalmente el refuerzo y ensalzamiento de los mecanismos de la globalización, en lugar de hacer lo propio con los democráticos. De ahí que surja una fuerte contradicción, difícil de superar. A saber, los países ceden soberanía nacional a la hora de alcanzar compromisos con otros socios, pero esta renuncia no se ve sustituida por mecanismos democráticos similares con los que permitir a los Estados suplir las carencias oportunas, impidiendo de esta manera la opción de «transnacionalizar» las preferencias de sus ciudadanos. De hecho, el gran fallo de los acuerdos internacionales estriba en sus objetivos, pues únicamente se centran en evitar o paliar políticas nacionales (*beggar-thyself*) que puedan tener efectos en terceros países, como subsidios a la agricultura, la regulación financiera o las prohibiciones sobre determinados productos o derechos de propiedad. Por el contrario, otros más necesarios que persigan la corrección de los desequilibrios macroeconómicos (*beggar-thy-neighbors*), como los elevados superávits comerciales practicados por Alemania y China, apenas se ven impulsados. Esto, sumado a la imposibilidad de llegar a pactos sobre temas globales (*global commons*) como el calentamiento global, lleva a Rodrik a plantear muchas dudas acerca de los beneficios y límites de la cooperación internacional, y muy especialmente en torno al uso de la gobernanza mundial como solución a los problemas democráticos de la hiperglobalización.

Es más, nuestro profesor se permite ir un paso más allá indicando una serie de medidas con las que evitar el conflicto entre la gobernanza mundial y la nacional, con el fin de mejorar la primera. De entre estas medidas enfatiza la necesidad de que los mercados se encuentren plenamente encorsetados dentro de los sistemas de gobernanza, pues, a diferencia de lo mantenido por muchos economistas partidarios del libre comercio (*free market supporters*), los mercados no llegan a autorregularse, especialmente dentro de los flujos financieros. Además, propone que los Estados, en todo momento, deberían tener el derecho de proteger sus propias regulaciones e instituciones si el comercio internacional llegase a poner en peligro aquellas prácticas domésticas que previamente contasen con un amplio apoyo social. De hecho, y de acuerdo con Rodrik, ningún país debería tener el derecho de imponer sus instituciones sobre otros recurriendo al uso de sanciones comerciales o a restricciones del comercio, si los ciudadanos de esos países considerasen esas instituciones foráneas inaceptables para sus sociedades.

Para llegar a proponer esta manera de actuar del proceso globalizador, Rodrik plantea que ha restado demasiado papel al Estado como articulador de la mayor parte de los mecanismos de mercado que permiten el desarrollo de éstos tanto a nivel nacional como internacional. Entonces, y centrándonos en casos concretos, si un Estado cambia la regulación relativa a los flujos de capital, a la normativa laboral o a la forma de tasar imposi-

tivamente la actividad económica, serán tanto las empresas, por muy internacionalizadas que estén, como los países integrados, los que sufrirán los costes de subestimar el rol de los Estados. Es más, incluso dimensiones que creíamos ya superadas, como la distancia, son cada vez más relevantes. Incluso con la bajada de costes de transacción y de transporte que se ha producido en los intercambios bilaterales en las últimas décadas gracias a las nuevas tecnologías de la información, cada vez son más cruciales tanto la localización geográfica de los países como lo que ocurre dentro de ellos. En efecto, fenómenos como la desigualdad son síntomas nacionales que difícilmente se resolverán en el plano internacional, sino dentro de los mismos Estados. Es decir, pese a la mayor conectividad (integración) entre países, el Estado sigue siendo el engranaje fundamental para la forma en la que la integración económica se lleve a cabo.

Gracias a todas estas ideas, podríamos decir que para que se volviese «más sana», la globalización ha de integrar mecanismos que contemplen las preferencias nacionales, dividir la gobernanza entre los niveles internacionales y nacionales y permitir políticas más heterogéneas y diversas que inserten a los países en ella. Para que todo esto sea posible, el autor llega a sugerir que la hiperglobalización no debería perseguir un marco de integración pleno, sino quedarse en estadios intermedios, de modo que no acabe entroncando con los valores sociales y culturales de los países.

El fallo de la UE

Pero sus ideas no terminan en este punto. De hecho, uno de los grandes aportes añadidos del libro es el de proporcionar una visión de conjunto de la economía mundial, haciendo hincapié en los retos y riesgos que afrontan diferentes regiones económicas. En primer lugar, atiende a Europa. Y es que los problemas de gobernanza que atañen al euro no son sino muestra del «trilema» arriba enunciado. Para Rodrik, la crisis griega de julio 2015 evidencia el conflicto que supone pretender mantener la soberanía nacional (el referéndum de Tsipras) y las preferencias nacionales (el hastío de la población griega ante la austeridad), todo ello enmarcado dentro de un contexto hiperglobalizador (el mercado europeo). El intento del Gobierno de Atenas por englobar estos tres pilares a la vez acabó empeorando la economía del país.

Por su parte, la Zona Euro sigue mostrando graves desequilibrios que difícilmente podrá solventar. Los continuos rescates condicionados, las medidas de austeridad y las promesas de que éstas vendrán acompañadas de un futuro crecimiento económico (una vez que se lleven a cabo las reformas estructurales oportunas) generan fuertes dudas a nuestro autor acerca del devenir de Europa. Todo ello, además, en un entorno en el que no se han corregido los desequilibrios macroeconómicos internos del euro, como el elevado superávit comercial de Alemania. De ahí que Rodrik llegue a argumentar que el fallo de la UE ha sido el de apostar básicamente por la integración económica, pero no por la social, consistente en llevar a cabo paquetes de medidas fiscales, sociales y del mercado laboral que poseyeran un claro enfoque transnacional, de modo que se pudiese paliar en mayor medida el fuerte malestar que existe en muchos países ante un euro que parece no beneficiar a todos por igual, y ante una (percibida) tecnocracia que no responde a los intereses generales de la UE.

Desindustrialización prematura

Seguidamente, el libro vira hacia los problemas que, en principio, terminarán afrontando las economías emergentes. El primero es el de la «desindustrialización prematura». Este fenómeno consiste en que, a diferencia de los países desarrollados, las potencias emergen-

tes muestran un comportamiento en sus estructuras económicas totalmente atípico. En el primer grupo de países sus sectores fueron evolucionando de forma gradual, de modo que sus trabajadores, originariamente agricultores, fueron absorbidos por el sector de las manufacturas para, posteriormente y tras las oportunas mejoras en la productividad y en los niveles de vida, ir cediendo paso al de servicios. Por el contrario, las economías emergentes han sufrido un proceso muy disruptivo. Sin llegar a acomodar a la inmensa mayoría de sus poblaciones dentro de sus sectores productivos, están viendo cómo la participación de las manufacturas sobre el PIB de cada uno de ellos ha caído rápidamente en los últimos años. Esto puede provocar que grandes masas de trabajadores no lleguen a colocarse en sectores formales de la economía, o que lo hagan en aquéllos con bajos niveles de innovación, productividad y, en definitiva, salarios. De hecho, es posible que los temidos efectos negativos de la automatización en los países desarrollados se vieran potenciados en estas economías emergentes, las cuales, además, carecen de una red de protección social.

Esto, si bien es preocupante, tal vez tenga una segunda deriva en los regímenes políticos de estos países. Así, democracias aún débiles como India podrían sufrir presiones internas por parte de su población si surgiese un fuerte descontento ante estos cambios tan abruptos y repentinos. Es más, posiblemente, el mayor riesgo para este conjunto de economías es el de cómo mejorar sus frágiles sistemas políticos sin redundar en autocracias o incluso dictaduras. De hecho, Rodrik recalca este punto como el fundamental para casos como el de China, pues, de seguir el fuerte crecimiento económico, es posible que las mejoras en el bienestar de su población se terminen traduciendo en mayores demandas de derechos políticos y, sobre todo, civiles (libertad de prensa y expresión) de la sociedad.

Ante todos estos riesgos latentes en la economía mundial, el libro ofrece un repertorio adicional de políticas e ideas con el objetivo de intentar mitigar los futuros efectos perversos. En primer lugar, el autor apuesta por una vuelta a la inversión pública. Tras años de austeridad, de débil demanda interna y de una alta dependencia del *boom* de las *commodities* por parte de muchas economías emergentes (Brasil, Bolivia, etc.), la inversión pública podría plantearse como un canalizador de ese ahorro generado mediante dicha explosión, si el objetivo fuese crear las infraestructuras o las redes de I+D necesarias en muchos países, permitiendo con ello aumentar su productividad a largo plazo. En esto, incluso la apuesta por las políticas verdes cubriría el doble objetivo de ayudar a la productividad y al problema del calentamiento global.

Además, el libro plantea una idea realmente provocadora acerca de cómo debería ser el sector público de los países desarrollados dentro de la ola globalizadora. Y es que si algo está claro en las economías avanzadas es que los elevados niveles de deuda y paro, unidos al bajo crecimiento, podrían seguir alimentando por muchos años la ola de populismos que están padeciendo. Por ello, y ante la escasez de ingresos públicos por parte del Estado, Rodrik propone que éste adquiera un rol mucho más activo como agente innovador. No sólo gastando, sino convirtiéndose en un propio agente inversor (*stakeholder*) en activos que generen innovación. De este modo, al apostar por la innovación y ser el poseedor último de los recursos generados por dichos activos, el Estado acabaría aumentando su presupuesto y su capacidad de llevar a cabo nuevas y mejores políticas (sociales). Pese a ser un planteamiento teórico que necesitaría ser estudiado en detalle, hay que reconocer que la idea es, cuando menos, sugerente.

Crítica a los economistas

Finalmente, y tras todo este repaso de ideas y de retos que afronta actualmente el panorama internacional, merece una mención aparte la dura crítica del autor a la actitud de los economistas durante los debates públicos. Especialmente, a los que denomina econo-

mistas *cheerleaders* (los de «la claqué»). Para Rodrik, muchos economistas no han sabido ofrecer un debate de calidad en torno a la globalización en general, y al comercio internacional en particular. A la hora de hablar de éste, en multitud de ocasiones, no han ofrecido un relato de todos los costes relacionados con el comercio, sino que han subrayado únicamente los beneficios. Aunque no fuese culpa suya, esta actitud sí podría haber llevado al rechazo de la tecnocracia que estamos presenciando en la actualidad desde los grupos populistas. Para evitar futuros malestares, su actitud en el debate público debería cambiar, aprovechando todo el conocimiento del que disponen para enriquecerlo. Así, al plantear políticas deberían evitar los paquetes estándares de medidas macroeconómicas que no se ajustan a las especificidades de cada país; tendrían que huir también de los consensos dentro de la profesión; y harían bien en no ser tan fundamentalistas en sus planteamientos y modelos teóricos y en dejar mayor espacio a la intervención política (como en el caso de la crisis europea). En definitiva, habrían de entender que, cuando se plantean estrategias de crecimiento para diferentes países, pueden existir múltiples formas, aún no escritas, de que éstos se desarrollen, y que tan sólo con la experimentación y el análisis podremos conseguir resultados y conclusiones más concretas y específicas de cada caso. Es decir, a lo largo de tres extensos capítulos Dani Rodrik se muestra como «árbitro de la profesión», citando situaciones en las que la forma de actuar de los economistas debería cambiar en el futuro si desean que desaparezca el descrédito social hacia su disciplina.

Como vemos, el libro es, sin duda, atractivo. Quizás falle en la multitud de temas que abarca y la falta de un hilo conductor entre ellas que facilite la comprensión al lector. Aun así, su enfoque es claro: la globalización es positiva para los países, pero ha habido tal énfasis en la integración económica y tal descuido en la implantación de los mecanismos democráticos que trasciendan las barreras nacionales que ha acabado surgiendo la creciente ola de populismos. Si bien el libro no posee ninguna solución mágica, tan sólo iniciar y centrar el debate en torno a tantas cuestiones resulta un ejercicio de honestidad que es de alabar y que merece una lectura por cualquiera interesado en conocer «ideas para una economía mundial más sana».

Dani Rodrik (Estambul, 1957) es uno de los actuales economistas de referencia, siempre con propuestas críticas pero constructivas en materia de globalización y desarrollo. Actualmente es catedrático de Economía Política en la John F. Kennedy School de la Universidad de Harvard y autor de numerosos trabajos académicos y de divulgación. Su libro más conocido es *The Globalization Paradox (La paradoja de la globalización, A. Bosch, 2011)* en el que expuso su famoso «trilema».

Reseña de **Jorge Díaz Lanchas**, doctor y máster en Economía Internacional, economista investigador de la Comisión Europea y profesor asociado de la Universidad Loyola.*

*. Las opiniones expresadas en este artículo corresponden únicamente a las del autor y bajo ninguna circunstancia deben considerarse como una posición oficial de la Comisión Europea.

GRIETAS EN EL MILAGRO ASIÁTICO

Michael R. Auslin, *The End of the Asian Century: War, Stagnation and the Risks to the World's Most Dynamic Region* («El fin del siglo asiático: Guerra, estancamiento y los riesgos para la región más dinámica del mundo»), Yale University Press, Nueva York, 2017, 304 págs.

Por **Juan Manuel López Nadal**

En las últimas décadas del pasado siglo fue un tópico hablar del llamado «milagro asiático» y vaticinar que este nuevo siglo XXI que apenas alborea vendría a ser «el siglo de Asia». Michael Auslin, director del Departamento de Estudios Japoneses del American Enterprise Institute nos ofrece una apasionante reflexión sobre las vulnerabilidades que se ocultan a primera vista, y que ponen en riesgo las perspectivas de su desarrollo futuro.

Para llevar a cabo su estudio, Auslin diseña un original «mapa de riesgos» en torno a dos masas «insulares» hipotéticas: la mayor, al norte, subdividida en cuatro zonas llamadas «reformas económicas fracasadas», «riesgo demográfico», «cambios políticos inacabados» y «ausencia de comunidad política (regional)»; y otra «isla» menor al sur, emergida de las anteriores, denominada «amenazas de guerra». Éstos son los cinco capítulos en los que se concentra para llamar la atención sobre los riesgos y amenazas que penden sobre una zona crucial para el mundo en su conjunto.

Respecto al ámbito geográfico elige el concepto geopolítico de reciente creación «Asia y el Indopacífico», que poco a poco se va imponiendo sobre el tradicional de «Asia-Pacífico».

El peligro de estancamiento económico

Auslin alude al *crack* de la Bolsa de Shanghái, en agosto de 2015 como un «principio del fin» del imparable proceso de crecimiento económico chino. En los años 2015 y 2016 el crecimiento de la economía del gigante ha sido inferior al 7 % anual, por primera vez en veinticinco años.

Seguidamente repasa la incapacidad de las autoridades chinas para implementar las necesarias reformas y reajustes, que él atribuye a razones políticas: el temor del Partido Comunista Chino de perder el control de la situación, lo que explicaría la reticencia a reformar el sector de la economía bajo control estatal (SOE); la deuda de las Administraciones provinciales y locales, y los riesgos de un posible estallido de burbujas inmobiliaria y financieras..., todo ello adobado por la corrupción y la existencia de poderosos intereses creados que bloquean las medidas de reforma. A eso se suma el agotamiento de un modelo de crecimiento, basado en la industria manufacturera para la exportación, primada por el bajo coste de la mano de obra y con baremos mínimos de calidad tanto social como medioambiental, que ha tocado techo.

En Japón se ha visto la aparente imposibilidad de poner fin a la sensación de declive de la economía, agudizada tras el tsunami de Fukushima de marzo de 2011, pese a los intentos reformadores del primer ministro Shinzo Abe (*Abenomics*); y en Corea del Sur, la llamada *chaebolization* de una economía dominada cada vez más por conglomerados (*chaebol*) decrepitos, ineficientes y corroídos por la corrupción, como Samsung o Hyundai, entre otros.

Respecto al Sudeste Asiático, y concretamente a los dos países seleccionados por Auslin, Vietnam e Indonesia, el autor observa que en ambos casos predomina el dinamismo económico, aunque considera que en el vietnamita el control político del partido-Estado constituye un freno a la liberalización y a la reforma. Respecto a Indonesia, piensa que su complejidad geográfica y su falta de cohesión social, así como el nacionalismo proteccionista del presidente Jokowi, son factores negativos que le impiden aprovechar su potencial dinamismo. En ambos países señala también la corrupción y el bajo nivel educativo de una población mayoritariamente joven como factores negativos para su desarrollo económico.

La economía de India ha superado a la de China en ritmo de crecimiento en estos últimos dos años. Su retraso en el despegue lo atribuye a la demora y a la timidez con las que se introdujeron las primeras reformas en un sistema marcado por el estatalismo y la burocratización; aunque el actual primer ministro Modi ha ido más allá que sus predecesores en la liberalización y la internacionalización de la economía, India sigue sufriendo el lastre de las grandes desigualdades sociales y territoriales, la inercia del burocratismo y fuertes deficiencias en materia de infraestructuras.

El llamado «milagro económico asiático» puede estar tocando a su fin: las tentaciones autárquicas, la reticencia a las reformas, la corrupción y otras deficiencias endémicas amenazan con poner en peligro los logros alcanzados. Aunque no es previsible un escenario catastrófico gracias a las salvaguardas comerciales y financieras regionales y a su inserción en la economía global, en cuyo conjunto Asia pesa cada vez más, los riesgos de la desaceleración y del estancamiento económicos son reales.

Los dilemas demográficos

El segundo factor de peligro que Auslin analiza en su «mapa» es el de los desequilibrios demográficos. Resalta el peso de la población asiática en el conjunto mundial, destacando la tremenda complejidad de las situaciones y desafíos que la demografía plantea a cada país.

Japón se presenta como pionero en Asia de una tendencia negativa: el envejecimiento de la población. Desde 2004 el crecimiento demográfico japonés es negativo y el porcentaje de la población de edad avanzada sobre el conjunto es cada vez mayor. Si en 2013 había 127 millones de habitantes, para el año 2060 podrían bajar un 30 %, hasta tan sólo 86 millones.

La situación de China es mucho más compleja. Auslin describe el reto demográfico chino como «el peor de ambos mundos». La llamada «política del hijo único» como procedimiento drástico para frenar el crecimiento de la población ha tenido efectos perversos, como el desequilibrio notable del género masculino sobre el femenino, con las implicaciones que conlleva.

Añadamos las disfunciones provocadas por el vertiginoso proceso de urbanización de la sociedad china (en 1953 la población que vivía en ciudades suponía un 13 % del total; en 2013 había superado el 52 %, y la tendencia al aumento continúa) que ha transformado el paisaje humano y la vida del país. Esto ha supuesto un efecto devastador sobre el medioambiente –calidad del aire y del agua, proceso de desertización de las tierras...–, con graves efectos para la salud pública y también para la productividad del país. Sólo en fecha muy reciente las autoridades de Beijing han dejado de cerrar los ojos a la degradación ambiental para pasar a convertirse en el principal valedor, junto con Europa, de la lucha contra el cambio climático.

Todos estos factores han conducido a China a un progresivo envejecimiento de su población. Se espera que para el año 2050 la tasa de nacimientos anuales se haya redu-

cido aproximadamente en un 28 %; dentro de muy pocos años, India le arrebatara la condición de país más poblado del mundo (y algunas estadísticas le otorgan ya esta condición). Todas estas circunstancias tendrán graves consecuencias en el mercado laboral y exigirán el desarrollo de un sistema de previsión social que hoy apenas se atisba, con las consiguientes repercusiones sociales y políticas.

Tanto India como los países del Sudeste Asiático ofrecen marcados contrastes. Mantienen tasas de crecimiento demográfico altas y sus poblaciones son porcentualmente mucho más jóvenes, con lo que los retos que se les plantean son de signo contrario: cómo dar cabida a esas masas jóvenes –generalmente con niveles educativos modestos– en los respectivos mercados laborales, cómo gestionar la congestión urbana, etc.

Los desafíos demográficos en Asia son tremendamente complejos y están llamados a tener incidencia en las economías, en la estructuración social y en la estabilidad de los sistemas políticos.

Las amenazas de inestabilidad política

Auslin pasa revista a las situaciones políticas de los países por él seleccionados y observa que las tensiones internas en la práctica totalidad de Estados de la región, en mayor o en menor medida, son casi permanentes, sean éstos democráticos o autoritarios.

Lógicamente, dedica su mayor atención a China, tratando de desentrañar la gran cuestión que se plantean todos los analistas, mayoritariamente en Occidente: ¿qué grado de perdurabilidad puede tener el sistema de partido único vigente? Esta cuestión sigue siendo una incógnita para los observadores y estudiosos occidentales, y llega a la conclusión de que, pese al giro autoritario de Xi Jinping y a su publicitada campaña anticorrupción, que conlleva no poco de purga política, la sociedad china se ha transformado espectacularmente; la apertura al exterior y la creciente insatisfacción ante la ralentización económica, las desigualdades regionales y sociales, el desastre medioambiental, la corrupción y el autoritarismo del régimen de partido único apuntan a hipótesis y escenarios políticos que podrían llevar a la implosión del sistema político, de consecuencias difícilmente evaluables.

El autor se fija también en los casos particulares de Tíbet, Xinjiang y Hong Kong. Concluye que cuanto más resistencia se oponga al cambio desde el poder, mayor será la insatisfacción de la población china, y por tanto es posible que la escalada de represión conduzca al sistema de partido único vigente a un callejón sin salida.

Pasando al Sudeste Asiático, Auslin repasa el momento político general de la región, en la que la democracia y el respeto a los derechos humanos están sufriendo serios reveses, y cita el caso de Tailandia, incapaz de superar un sistema desigual y elitista que la aboca al oscuro régimen monárquico-militar que se impone mediante el terror. También aborda el de Malasia, cada vez más inclinada al autoritarismo. Sin embargo, sorprendentemente, ignora a Filipinas que, desde la elección del controvertido presidente Duterte a mediados de 2016, se ha embarcado también en una senda autoritaria y violenta preocupante.

Respecto a Indonesia, alude a las tensiones naturales de un gran país de composición étnica muy diversa, pero no recoge –quizás por ser todavía recientes– los síntomas de riesgo que afronta el frágil sistema democrático de ese país debido a los desafíos del islamismo radical y que se manifiestan asimismo en Malasia y en el sur de Filipinas (Mindanao). Observa con acierto que el retroceso de la democracia y de los derechos humanos, en mayor o menor grado, es una desdichada constante, y que la inestabilidad política ya endémica en la zona puede prolongarse o incluso agravarse.

Finalmente, dedica algunas páginas a analizar el momento político de India, condicionado por lo que denomina el «desafío de la complejidad»: la falta de cohesión regional, la constante amenaza terrorista –en ocasiones azuzada desde el vecino Pakistán– y el impulso, por Modi y su partido, el BJP, de un renacimiento nacionalista de matriz hinduista. Pese a ello, tras setenta años de independencia, la democracia india no parece correr peligro.

La falta de cohesión regional

Aunque el Indopacífico sea la región económicamente más dinámica del mundo, también contiene la máxima diversidad cultural y política. Hasta ahora no ha sido posible articular en Asia una sólida comunidad regional de tipo político. Ninguna de las tres grandes potencias naturales del continente, China, Japón o India, tienen el potencial para liderar un proceso de integración aceptable para el conjunto de las demás naciones del continente.

A diferencia de Alemania, el Japón de la posguerra ha sido incapaz de reconocer con sinceridad sus responsabilidades históricas, lo que continúa lastrando sus relaciones con China, Corea y, en menor medida, algunos países del Sudeste Asiático. Esto impide o limita las iniciativas niponas para articular la cooperación regional, pues la sombra de la llamada «Gran Esfera de Coprosperidad» del militarismo japonés de preguerra continúa siendo demasiado visible.

Tampoco la India, situada de manera un tanto excéntrica respecto al Asia Oriental y marcada por el legado del anticolonialismo neutralista nehruviano está en condiciones de liderar un proyecto que vaya más allá de su zona natural de influencia de Asia meridional y el océano Índico. Aunque Modi ha puesto en marcha una ambiciosa política asiática llamada *Act East*, Nueva Delhi carece de los medios y de la influencia suficientes para liderar procesos regionales sólidos. Apunta el interés del proceso de acercamiento evidente entre India y Japón estimulado por los recelos que los designios chinos suscitan en ambos, pero en los dos casos el peso de la historia se sigue interponiendo como freno a un potencial liderazgo, sea individual o compartido.

Respecto al proceso de integración y cooperación subregional que representa la ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, integrada actualmente por Indonesia, Filipinas, Malasia, Singapur y Tailandia, fundadores; además de Vietnam, Brunéi, Laos, Birmania y Camboya, incorporados posteriormente) en la zona, el autor hace una larga y prolija descripción de los logros y carencias de la organización a sus cincuenta años de vida: el dilema entre soberanía nacional e integración regional en Estados estructuralmente débiles; la naturaleza autoritaria de la mayoría de sus gobiernos y el lastre de la no injerencia en asuntos internos, así como la «vocación de centralidad» de la organización con la estructuración de un sistema de organismos abiertos a otros actores internacionales, asiáticos o no, como son ASEAN +3, el Foro Regional ASEAN (ARF) o, sobre todo, la Cumbre de Asia Oriental (EAS, de ella forman parte los diez Estados de ASEAN, más China, Japón, Corea del Sur, India, Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos y Rusia), el más importante hasta ahora de todos ellos.

Aunque la ASEAN es aceptada formalmente como mecanismo central de cooperación y de seguridad –siquiera limitada– en Asia y el Indopacífico, la emergencia de una comunidad política en el continente seguirá dependiendo fundamentalmente de los grandes de la región, cuyos intereses siguen siendo ambivalentes y conflictivos.

China ha adquirido cada vez mayor influencia en el conjunto de Asia, pero sus ambiciones de liderazgo y su hegemonismo le han impedido disponer de verdaderos aliados o incluso de hacer amigos. Los países de su entorno recelan de las intenciones reales de su gran vecino.

Desde finales del pasado siglo China logró adquirir mucho peso económico y comercial en el continente y convertirse en un socio indispensable; pero Beijing ha tenido muy poco éxito en materia de «poder blando»; en la última década, su política exterior se ha hecho más arrogante y expansiva, y sus ambiciones territoriales y sobre todo marítimas suscitan la natural desconfianza del vecindario.

La reciente iniciativa de Xi Jinping de la Nueva Ruta de la Seda no ha llegado a calmar las ansiedades asiáticas, que ven con desconfianza el dibujo geopolítico que se vislumbra tras los alicientes económicos y comerciales. Por otra parte, los «amigos» elegidos por Beijing en Asia –a falta de verdaderas alianzas– no son precisamente los más recomendables: Corea del Norte, Pakistán y Camboya. Es, por tanto, muy improbable que pueda liderar un proyecto de articulación regional en el continente.

El espectro de la guerra

Sobre la base de los cuatro pilares anteriormente descritos, Auslin desemboca en el más grave de los factores de riesgo que ensombrecen el futuro del Indopacífico: las amenazas de guerra. Las condiciones geopolíticas actuales son ahora mucho más inquietantes de lo que parecían hace apenas diez años.

El Indopacífico se está convirtiendo paulatinamente en el escenario de un «gran juego». Esta región es hoy ya la zona más militarizada del mundo. Existen en la región seis potencias con capacidad nuclear operativa: Estados Unidos, Rusia, China, Corea del Norte, India y Pakistán. La carrera de armamentos convencionales se ha vuelto vertiginosa.

El entorno de seguridad regional se ha modificado dramáticamente. El auge de China y el aumento de su poder militar ha llevado a otras naciones a reforzar sus sistemas defensivos. Corea del Norte es una amenaza permanente y letal. Y los contenciosos territoriales y marítimos se han multiplicado y agudizado. Poco a poco se va formando un inquietante círculo cerrado entre incertidumbre, inseguridad e inestabilidad.

Las lecciones de la historia nos enseñan que cuando el ciclo incertidumbre-inseguridad desemboca en el tercer nivel, el de la inestabilidad, la cuestión que ha de plantearse es cómo evitar que las escaramuzas que lleguen a producirse desemboquen en un conflicto generalizado.

Auslin describe en detalle los principales escenarios de conflicto y los riesgos que conllevan: la península coreana, la situación de Taiwán respecto a China, las contenciosos fronterizos de la India con Pakistán y con China y, sobre todo, las disputas marítimas que enfrentan a China con Japón (islas Senkaku/Diaoyou en el mar de China Oriental); con varios países del Sudeste Asiático (islas Spratly y Paracelso en el mar de China Meridional) y, con menor intensidad, a Japón con Rusia (islas Kuriles del Sur). El autor enfatiza la creciente gravedad de estos contenciosos marítimos, en los que no intervienen únicamente los países directamente implicados, sino que en algunos casos –como el del mar de China Meridional– afectan a los intereses vitales de Estados Unidos y de otras potencias de dentro y de fuera de la región...

Estudia también la modernización militar de China, sobre todo en el ámbito naval, y los recelos que suscita en la región y más allá. Y también trata de la nueva amenaza que puede llegar a suponer la ciberguerra.

Así, concluye afirmando que, dejando al margen el peculiar desafío norcoreano, es la expansión de China y sus designios hegemónicos cada vez menos disimulados lo que ha conducido a la redefinición dramática del mapa de seguridad regional, acentuando los riesgos de conflicto grave.

¿Cómo gestionar los riesgos en Asia?

Auslin pretende concluir con un mensaje a la élite política, económica y académica norteamericana, con propuestas sobre la gestión de este conjunto de riesgos, que secciona en cuatro apartados: calibrar los riesgos de guerra, rediseñar una nueva estructura de alianzas, salvar a la «gallina de los huevos de oro» y promover la democracia. Termina con una pregunta final: ¿será posible incorporar a China al club?

Las dos primeras cuestiones –seguridad y alianzas– conservan cierta pertinencia, pero las dos segundas –economía y democracia– han saltado en pedazos con la irrupción de Trump en la Casa Blanca y la liquidación de las iniciativas comerciales (TPP) y diplomáticas de Obama. El *America First* constituye un serio golpe tanto para el multilateralismo y la confección de redes comerciales de intereses compartidos como para la promoción de valores como la democracia y los derechos humanos.

Respecto a los riesgos de guerra, Auslin entiende –con razón– que son muy serios. Aunque ninguno de los actores regionales desee lógicamente una guerra, todos parecen estar preparándose para ella. Evoca el ominoso precedente de la Europa inmediatamente anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial, cuando ni la prosperidad ni el comercio fueron freno para el estallido de una conflagración mayúscula. Los escenarios más probables serían la península coreana y los mares del este y del sur de China. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, Washington ha garantizado la seguridad regional. En las nuevas circunstancias, y considerando las transformaciones en los equilibrios de poder, debería formular una estrategia innovadora.

Dicha estrategia sería la articulación de una nueva alianza –formal o informal– de dos «triángulos concéntricos». Estados Unidos debe seguir promoviendo el diálogo, el compromiso, la colaboración en asuntos globales y la promoción de intereses compartidos con China, pero es evidente que dicha estrategia debe combinarse con otra de contención frente al expansionismo y al hegemonismo. Para ello propone una estructura basada en dos triángulos concéntricos: el exterior, con vértices en Japón/Corea del Sur, Australia e India; y el interior, con apoyos en el Sudeste Asiático, y en concreto en Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur, Tailandia y Vietnam.

¿Podría China unirse al grupo? Auslin deja abierto este interrogante, confesándose muy escéptico sobre una hipotética evolución democrática del régimen de Beijing y sobre una reconsideración de sus políticas nacionalistas y expansionistas en Asia y más allá. A este escepticismo, hay que añadir ahora, además, el carácter errático con el que la Administración Trump ha emprendido su camino. La evolución de los acontecimientos en Washington no invita precisamente al optimismo.

Valoración

El libro de Michael Auslin es del mayor interés, y su lectura es apasionante para todos los que se interesan por Asia. Está escrito desde una perspectiva norteamericana y orientado a las élites pensantes de los Estados Unidos. También es importante resaltar que su publicación se produjo justo antes de entrar la nueva Administración Trump. La lectura que Auslin hace del continente encaja perfectamente con la óptica del *pivot* (pivote) o *re-balance* (reequilibrio) hacia Asia y el Indopacífico introducido en 2010 por el dúo Barack Obama-Hillary Clinton. Pero la irrupción de Trump en la Casa Blanca ha tenido en estos meses un impacto tremendo en Asia, como en otras partes del mundo. Es más que dudoso que los atinados consejos de Auslin sean seguidos en Washington.

Eso hará, sin duda, que la situación en Asia, fluida por naturaleza y erizada en particular por el auge de China y la inquietud que suscitan sus designios geopolíticos, se vea agrava-

da aún más por la confusión de señales que se están emitiendo desde la Casa Blanca, por no hablar ya del recrudescimiento del desafío norcoreano.

Pese a sus virtudes, algunos defectos sí se aprecian en esta obra. El capítulo de los desequilibrios demográficos debería haber abarcado un ámbito más amplio –desequilibrios sociales–, lo que incluiría, además de los retos de la demografía, los muy graves derivados del deterioro ambiental, así como las fuertes desigualdades internas de las sociedades asiáticas, que lastran un desarrollo justo y sostenible; por otra parte, la selección de los países que hace Auslin es también opinable, ya que si nadie puede cuestionar la relevancia de China, Japón y Corea en Asia Oriental, India es analizada en su subregión meridional sin apenas tener en cuenta a sus vecinos y las difíciles relaciones que mantiene con ellos. La elección de Indonesia y Vietnam en la región ASEAN es discutible ya que, sin negar la relevancia de ambos países, difícilmente pueden ser considerados como representativos del conjunto del Sudeste Asiático: una mayor atención a Tailandia, Singapur o Filipinas hubiese mejorado el análisis de esta zona. Finalmente, Auslin presta escasa atención a la creciente influencia de Rusia en los teatros asiáticos y su papel clave en el juego de equilibrios y alineamientos geopolíticos potenciales.

El diagnóstico de los riesgos de guerra es, sin embargo, muy acertado, así como señalar con claridad como mayores riesgos el desafío norcoreano y las incertidumbres originadas por el auge de una China cuyo comportamiento, especialmente en los mares circundantes, da pie a toda clase de inquietudes en su vecindario.

Michael R. Auslin (Chicago, 1967) es escritor, historiador y analista norteamericano, experto en asuntos asiáticos. Fue profesor asociado en la Universidad de Yale y actualmente es director del departamento de estudios japoneses del American Enterprise Institute. Colabora regularmente en *Wall Street Journal*, *Forbes*, *National Review*, *The Atlantic* y otras publicaciones.

Reseña de **Juan Manuel López Nadal**, diplomático español, especialista en asuntos asiáticos. Ha sido, entre otros destinos, subdirector general del Sudeste Asiático (1996-98), embajador en Tailandia (2004-2009), embajador en misión especial para Asuntos Multilaterales Asiáticos (2009-2011) y cónsul general en Hong Kong (2011-2015). Es máster en Relaciones Internacionales (Asuntos Asiáticos) por la Universidad de Hong Kong (2014). Actualmente es cónsul general en Estrasburgo.

1. TRES MEGATENDENCIAS TECNOLÓGICAS, SEGÚN GARTNER

■ **Publicación:** «Hype Cycle for Emerging Technologies, 2017», Gartner Inc., julio de 2017. Disponible en <https://goo.gl/i574Gh>

LA IDEA

Resumen: Se consolidan los tres grandes bloques de megatendencias tecnológicas: inteligencia artificial (IA) en todas partes, experiencias de inmersión transparente y plataformas digitales. Por primera vez aparece en la curva la inteligencia artificial general.

Una herramienta útil para analizar la madurez de una tecnología es el ciclo de sobreexpectación (*hype cycle*) de Gartner, descrito en ODLI 45. El estado de la tecnología queda otro año más reflejado en él. A través del análisis de más de 2000 tecnologías, Gartner agrupa 32 en su ciclo de sobreexpectación emergentes del 2017, de las cuales 24 aparecían ya en la curva del 2016 10 tecnologías desaparecen y, por último, se añaden 8 nuevas en la curva del 2017. El año pasado se consolidaron las tres megatendencias (tres grandes bloques de tendencias tecnológicas): inteligencia artificial (IA) en todas partes, experiencias de inmersión transparente y plataformas digitales. La dos últimas mantienen su nombre respecto a la curva de 2016 (denominadas «era de las máquinas inteligentes» y «revolución de las plataformas», respectivamente).

Las descripciones de las tres megatendencias son también similares a las de la versión previa. La primera (IA en todas partes) es el bloque de tecnologías que presentará más disrupción en la próxima década debido a un cambio radical en la capacidad de procesamiento, de gestionar cantidades ingentes de datos, junto con los avances sin precedentes de las redes neuronales. Estas tecnologías de IA permitirán a las organizaciones aprovechar los datos con el fin de adaptarse a nuevas situaciones y resolver problemas con los que nadie se ha encontrado antes. Las empresas que buscan jugar un papel relevante en este bloque deben considerar las siguientes tecnologías: aprendizaje profundo, aprendizaje profundo de refuerzo, inteligencia general artificial, vehículos autónomos, computación cognitiva, drones comerciales, interfaces de usuario conversacionales, taxonomía de empresa (*enterprise taxonomy*) y gestión ontológica (*ontology management*), aprendizaje automático, polvo inteligente, robots inteligentes y espacios de trabajo inteligentes.

La segunda (las experiencias de inmersión transparentes) agrupa tecnologías centradas en las personas hasta el punto de mejorar e introducir transparencia entre las personas, las empresas y las cosas. Esta relación se verá cada vez más entrelazada a medida que la tecnología se vuelva más contextual, adaptable y fluya en el lugar de trabajo, con el propio trabajo y con las demás personas. Las tecnologías críticas de este bloque serían la impresión 4D, la realidad aumentada, la interfaz cerebro-ordenador, el hogar conectado, el aumento de capacidades humanas, la electrónica de nanotubos, la realidad virtual y la visualización volumétrica.

La tercera y última (las «plataformas digitales») engloba tecnologías emergentes que revolucionarán y proporcionarán los cimientos que habiliten la gestión de volúmenes ingentes de datos, poder de procesamiento avanzado y ubicuidad en los ecosistemas tecnológicos. El gran cambio desde infraestructuras compartimentadas hasta ecosistemas de plataformas

sienta las bases para modelos de negocio completamente nuevos que actuarían de puente entre los seres humanos y las tecnologías. En estos ecosistemas dinámicos, como mencionábamos en ODLI 45, es importante entender y definir estrategias para crear modelos de negocio basados en las nuevas plataformas, a la vez que explotar los algoritmos interna y externamente para generar valor. Las tecnologías cimientos de las plataformas comprenden el 5G, *digital twin* (gemelo digital), *edge computing*, *blockchain*, plataformas del Internet de las cosas, *hardware* neuromórfico, computación cuántica, *Serveless PaaS* (plataforma como servicio sin servidores) y seguridad definida por *software*.

Los mayores cambios en la curva se deben, en primer lugar, a la introducción de ocho nuevas tecnologías que alimentarán los tres bloques de megatendencias en los próximos años: 5G, la inteligencia artificial general, aprendizaje profundo (*deep learning*), aprendizaje de refuerzo profundo (*deep reinforcement learning*), gemelo digital (*digital twin*), *edge computing* (computación en la periferia o periférica), *serverless PaaS* (plataforma como servicio sin servidor) y computación cognitiva. En segundo lugar, mientras que la mayoría de las tecnologías se mantienen en la misma posición o se desplazan ligeramente en la curva en la misma etapa del año previo, hay cuatro tecnologías que se han movido significativamente a lo largo de ella. Primero, la tecnología *blockchain*, cuyo concepto está ganando tracción por la promesa de transformar los modelos operativos de las industrias y, aunque exista exageración en torno a la industria de servicios financieros, lo más probable es que en fabricación, salud, educación y gobierno tenga una aceptación más rápida; segundo, los drones comerciales (*commercial UAV – Unmanned Aerial Vehicles*), ya que los grandes avances en el *hardware* de inteligencia artificial, la miniaturización de la capacidad de procesamiento y el desarrollo de algoritmos de aprendizaje profundo están haciendo que éstos se utilicen en servicios financieros, fabricación, minoristas o en la industria automotriz; tercero, la *Software Defined Security* (seguridad definida por *software*), lo debido a que los proveedores de seguridad continúan migrando la gestión de políticas de los elementos *hardware* al plano de *software*, lo que permite definir políticas independientemente de la ubicación del usuario, la información o la carga de trabajo del elemento; y, por último, las tecnologías *brain-computer interface* (interfaz cerebro-ordenador): a medida que la tecnología portable (*wearable*) se miniaturice y se vuelva más poderosa, las aplicaciones se beneficiarán de tecnologías híbridas que combinan cerebro, mirada y el seguimiento muscular para ofrecen una interacción de manos libres. Además, en los próximos cinco años, la tecnología interfaz cerebro-ordenador se complementará con los avances de la realidad aumentada. En tercer lugar, se han eliminado diez tecnologías de la curva del 2017. Esto suele suceder porque, mientras que el año pasado lograron visibilidad, durante un período importante de tiempo no han sido monitorizadas; así, un ejemplo de tecnología que desaparece es la computación afectiva (*affective computing*) o los centros de microdatos (*micro data centers*).

El horizonte de cada tecnología (años que le quedan para llegar a la meseta de productividad o a una adopción de alrededor del 20 %) se muestra en la curva a través de los círculos de colores y triángulos que se utilizan para situar a cada tecnología. En la curva de sobreexpectación de 2017, en las tecnologías de más próxima adopción de dos a cinco años ya se empieza a apreciar la megatendencia de IA en todas partes, con el aprendizaje automático o el aprendizaje profundo o los drones comerciales (vehículos aéreos no tripulados) que habilitan algoritmos de aprendizaje automático. En el período de cinco a diez años se muestran las tecnologías de las plataformas digitales entre las que se encuen-

tran la seguridad definida por *software*, asistentes virtuales o *blockchain*. Por último, a más de diez años vista, la computación cuántica y la inteligencia artificial general, por primera vez en la curva (en el año previo Gartner no se atrevió a denominarla así) serán factores tecnológicos claves que cimentarán las tres megatendencias.

Este panorama, como también se señala en un informe de tendencias tecnológicas de 2018, deja entrever el resurgimiento y la emoción de la tecnología de inteligencia artificial, tecnologías de largo recorrido que durante las seis décadas anteriores estuvieron relegadas al denominado «invierno de la IA» (sin acceso a datos y sin poder de procesamiento), pero que en la última década parecen estar de nuevo tomando tracción por la financiación y las compras de los grandes de Internet.

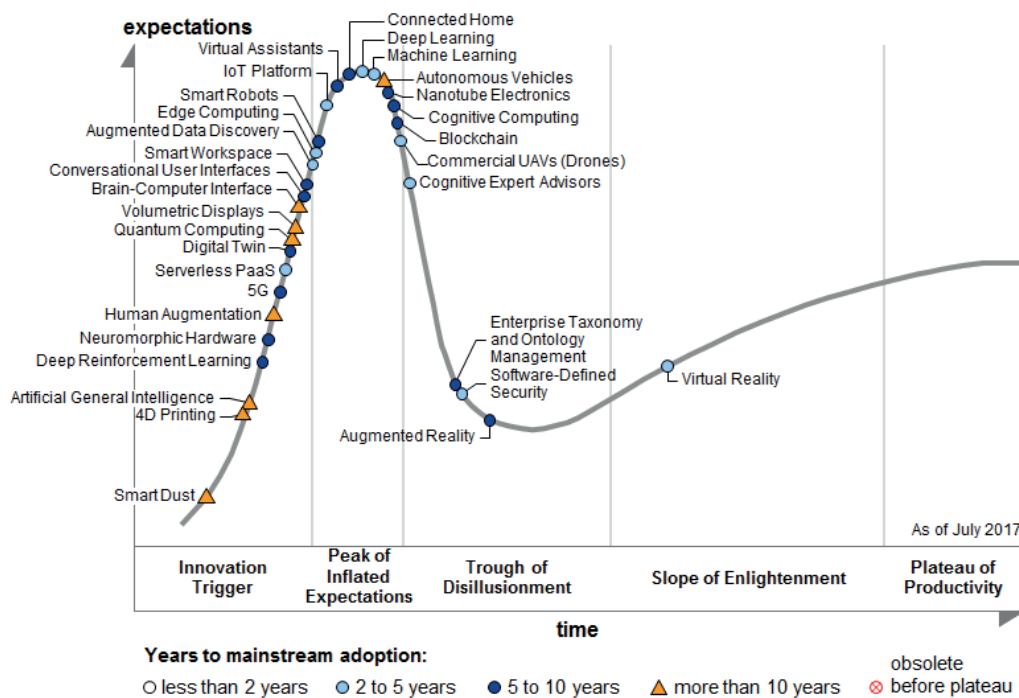


Figura. Situación de las diferentes tecnologías en la curva de sobreexpectación en julio de 2017, según Gartner.

2. LAS DIFERENCIAS EN ESPERANZA DE VIDA SEGÚN LA RENTA FOMENTAN LA DESIGUALDAD

- **Publicación:** «The Rising Longevity Gap by Lifetime Earnings: Distributional Implications for the Pension System», *IZA Discussion Paper* 11121, Institute for Labor Economics-IZA (Bonn), noviembre de 2017. Descargable desde <https://goo.gl/AGMtec>
- **Peter Haan, Daniel Kemptner y Holger Lüthen** pertenecen al DIW Berlín (Instituto Alemán para Investigación Económica). El primero también al IZA (Instituto de Economía del Trabajo en Bonn).

LA IDEA

Resumen: Las diferencias en longevidad, unidas a una creciente desigualdad de la renta, están generando incrementos mucho mayores de la desigualdad. En estas condiciones el sistema de pensiones es mucho más regresivo de lo esperado.

Las crecientes discrepancias en la esperanza de vida en distintos grupos de renta es un aspecto poco discutido en la literatura actual sobre la desigualdad en las sociedades avanzadas, que se centra casi exclusivamente en los diferenciales de renta o la concentración de la riqueza. Sin embargo, son cada vez más considerables. Como la medición correcta de la renta ha de tener en cuenta todo el ciclo vital, estas diferencias en longevidad, unidas a una creciente desigualdad de la renta, están generando incrementos mucho mayores de la desigualdad que los que se detectan en los datos de un año concreto. En particular, en este contexto, el sistema de pensiones es mucho más regresivo de lo esperado.

En todos los países desarrollados, se están incrementando los contrastes en cuanto a longevidad en distintos tramos de renta. Según este artículo, el diferencial en esperanza de vida entre individuos cuyos ingresos están en el 10 % más bajo de la distribución de la renta y el que está en el más alto ha aumentado de cuatro a siete años de las cohortes nacidas en el período 1925-1927 a las nacidas en 1945-1947. Este resultado es parecido, aunque más matizado, para las mujeres. En ambos casos, los efectos son especialmente importantes para el decil superior de la distribución respecto a los deciles más bajos de la misma.

Dado que la desigualdad se debería medir respecto de todo el ciclo vital y no solamente en función de un año, estos resultados, que también han sido analizados en otros países, tienen repercusiones importantes sobre las políticas públicas y, especialmente, el sistema de pensiones. En particular, según los cálculos de los autores, la tasa de rendimiento de las contribuciones a la seguridad social aumenta, como es natural, con la longevidad. En este sentido, la riqueza que los individuos derivan de los derechos adquiridos sobre una pensión crece con la esperanza de vida. En el caso alemán, esos diferenciales en las obligaciones contraídas por la Seguridad Social con cada trabajador hacen que el sistema de pensiones alemán pase de ser progresivo a ser netamente regresivo. Es, además, del todo esperable que la regresividad del sistema de pensiones se incremente en las próximas décadas. Las implicaciones en términos de políticas de bienestar y, en concreto, de la Seguridad Social son considerables.

La política del sistema de pensiones tiene que reconocer explícitamente esas discrepancias en esperanza de vida e incluir correcciones en el sistema de contribuciones y

pensiones. Finalmente, y quizá más importante, cualquier política destinada a combatir la desigualdad tiene que abordar de forma perentoria los crecientes desequilibrios en salud y esperanza de vida entre clases sociales. Por ejemplo, está demostrado que el nivel educativo está muy correlacionado con la esperanza de vida. Por tanto, un mayor impulso público a la educación serviría para laminar parte de estos crecientes diferenciales.

3. LA CULTURA EMPRESARIAL, NUEVA ENFERMEDAD ITALIANA

- **Publicación:** «Diagnosing the Italian Disease», *Working Paper* 23964, National Bureau of Economic Research (NBER), octubre de 2017.
- **Bruno Pellegrino y Luigi Zingales** son profesores, respectivamente, en la Universidad de California y en la Booth School of Business, de la Universidad de Chicago.

LA IDEA

Resumen: En Italia han persistido las prácticas obsoletas e ineficientes en la gestión de las empresas, que no han aprovechado el potencial transformador de las nuevas tecnologías de la comunicación e información.

Los países del sur de Europa se han caracterizado en las últimas décadas por el escaso crecimiento de la productividad total de los factores (PTF), la medida fundamental de la eficiencia de una economía. Hay varias razones para ello, entre ellas la muy deficiente asignación del capital que fue típica de España en los años de la burbuja inmobiliaria. En el caso italiano estudiado aquí, las razones parecen más profundas y radican en la persistencia de prácticas obsoletas e ineficientes en la gestión de las empresas. Estas deficiencias institucionales han comportado que sus compañías no hayan aprovechado el potencial transformador de las nuevas tecnologías de la comunicación e información.

La economía italiana se ha caracterizado desde principios de los años noventa por una muy deficiente evolución de la productividad del trabajo, la más baja entre las economías avanzadas. Por ejemplo, su crecimiento entre 1996 y 2006 es la mitad del de España (y eso a pesar de la horrorosa evolución de la PTF en España en ese mismo período).

En concreto, los autores analizan las razones de la muy decepcionante evolución de la economía italiana en las últimas dos décadas. Las políticas monetarias y fiscales no pueden ser una explicación, pues éstas fueron expansivas hasta la crisis financiera. El país no se vio afectado por una inestabilidad política más alta de lo usual en aquellos decenios. Algunas de sus deficiencias institucionales (rigidez administrativa, corrupción o crimen organizado) no limitaron las tasas de crecimiento, muy elevadas hasta los años ochenta, pero sus efectos podrían haberse intensificado desde los años noventa. Por otra parte, a partir de dicha década se ha fortalecido la competencia de economías emergentes, especialmente China, que, posiblemente, ha perjudicado a la industria italiana. Además, las rigidices del mercado de trabajo tienen más repercusiones en períodos de cambio tecnológico acelerado. Finalmente, la tensión entre la adopción de nuevas tecnologías de la información y comunicación y las prácticas directivas obsoletas en las empresas podría ralentizar el crecimiento de la productividad.

Para contrastar las varias hipótesis, los autores usan varias fuentes estadísticas con datos sectoriales de la economía nacional, así como encuestas con datos desagregados por empresa. Los datos sectoriales muestran cómo los sectores más expuestos a la competencia china no tuvieron un menor crecimiento de la productividad, ni tampoco crecieron menos, invalidando el mecanismo del comercio internacional para explicar el escaso crecimiento de la productividad italiana. Igualmente, tampoco se aprecia un menor crecimiento de la productividad en sectores muy regulados, lo que permite descartar el factor

institucional. Sin embargo, aquéllos que usan intensivamente nuevas tecnologías de la información y la comunicación sí muestran un rezago considerable respecto a sus competidores en otras economías avanzadas.

Para explicar este fenómeno, recurren a datos desagregados por empresa, con los que son capaces de aislar el canal que va de la cultura de gestión empresarial a la adopción y uso de nuevas tecnologías y el crecimiento de la productividad (en línea, por ejemplo, con artículos de Luis Garicano y otros autores que ponen el énfasis en las nuevas tecnologías y la adopción de prácticas de gestión empresarial más meritocráticas). Usando esa información, los autores ofrecen evidencia (algo parcial) de que la rigidez del mercado de trabajo no es una limitación para mejorar la productividad de las empresas italianas que adoptan nuevas tecnologías de forma intensiva. Sin embargo, la cultura de la empresa y sus prácticas de gestión –en línea con los resultados de John Van Reenen y Nick Bloom– es el condicionante fundamental a la hora de adoptar y explotar nuevas tecnologías y obtener crecimientos de la productividad. La empresa familiar en este contexto de cambio tecnológico acelerado y necesidad de profundos cambios organizativos en las empresas parecería ser una limitación importante al crecimiento de la productividad.

ODLI. N.º 58, Enero 2018

1. DE LA SOCIALDEMOCRACIA AL LIBERALISMO DE MERCADO

- Autores: Avner Offer.
- Comentario: Sergio Espuelas.

LIBROS

- Jóvenes: superconectados e inmaduros. *iGen: Why Today's Super-Connected Kids Are Growing Up Less Rebellious, More Tolerant, Less Happy –and Completely Unprepared for Adulthood– and What That Means for the Rest of Us*, de Jean M. Twenge.
- Máquina, plataforma, multitud. *Machine, Platform, Crowd: Harnessing our Digital Future*, de **Andrew McAfee** y Erik Brynjolfsson.

OTRAS IDEAS DE INTERÉS

1. Doce ideas esenciales sobre innovación.

- Autores: Bruce Posner y Martha E. Mangelsdorf.

2. Mercados eléctricos: ¿eficientes, equitativos o innovadores?

- Autor: David M. Newbery.

3. Los límites de la convergencia en el fútbol y la economía globales.

- Autores: Melanie Krause y Stefan Szymanski.

ODLI. N.º 57, Diciembre 2017

1. ¿ADÓNDE VA LA ECONOMÍA COLABORATIVA?

- Autor: Koen Franke.
- Comentario: Josep Martínez-Polo.

LIBROS

- ¿Renta básica? *Basic Income: A Radical Proposal for a Free Society and a Sane Economy*, de Philippe Van Parijs y Yannick Vanderborght.
- Migración: de la seguridad a la interculturalidad. *International Migration and International Security*, de **Valeria Bello**.

OTRAS IDEAS DE INTERÉS

1. El sistema sindical alemán modera el impacto de la robotización.

- Autores: Wolfgang Dauth, Sebastian Findeisen, Jens Südekum y Nicole Woessner.

2. La creatividad en el día a día.

- Autor: Teresa M. Amabile.

3. Beneficios de la experimentación forzada.

- Autores: Shaun Larcom, Ferdinand Rauch y Tim Willems.

ODLI. N.º 56, Noviembre 2017

1. INVERSIONES EN EL SECTOR DEL AGUA: MEJOR SIN REGULADORES

- Autores: Salvador Bertoméu-Sánchez, Daniel Camós y Antonio Estache.
- Comentario: Xavier Fageda Sanjuán.

LIBROS

- Mercados adaptables. *Adaptive Markets: Financial Evolution at the Speed of Thought*, de Andrew W. Lo.
- Revolución en la edición genética. *A Crack in Creation. Gene Editing and the Unthinkable Power to Control Evolution*, de Jennifer A. Doudna y Samuel H. Sternberg.

OTRAS IDEAS DE INTERÉS

1. Lecciones de la transformación de General Electric.

- Autor: Jeffrey R. Immelt.

2. Más países ante la globalización.

- Autores: Gino Gancia, Giacomo A. M. Ponzetto y Jaume Ventura.

3. Cuotas femeninas en los comités de selección.

- Autores: Manuel Bagues, Mauro Sylos-Labini y Natalia Zinovyeva.

ODLI. N.º 55, Octubre 2017

1. EL TEMBLOR DE LA MANIPULACIÓN

- Autores: Alice Marwick y Rebecca Lewis.
- Comentario: Soledad Gallego Díaz.

LIBROS

- Los límites del mercado. *The Limits of the Market: The Pendulum between Government and Market*, de Paul De Grauwe.
- Descolocados en la nueva economía. *Down and Out in the New Economy. How People Find (or Don't Find) Work Today*, de Ilana Gershon.

OTRAS IDEAS DE INTERÉS

1. Los luditas votaron a Trump.

- Autores: Carl Benedikt Frey, Thor Berger y Chinchih Chen.

2. Impacto de las políticas ambientales unilaterales en la competitividad.

- Autores: Jared C. Carbone y Nicholas Rivers.

3. El poder político de las empresas.

- Autor: Luigi Zingales.

ODLI. N.º 54, Septiembre 2017

1. ROBOTS, EMPLEOS Y SALARIOS

- Autores: Daron Acemoglu y Pascual Restrepo.
- Comentario: Gregorio Martín Quetglás.

LIBROS

- La ilusión del conocimiento: *The Knowledge Illusion: Why We Never Think Alone*, de Steven Sloman y Philip Fernbach.
- La gente y las refinerías de datos: *Data for the People: How to Make Our Post-Privacy Economy Work for You*, de Andreas Weigend.

OTRAS IDEAS DE INTERÉS

1. Ecosistemas emprendedores: EE UU lidera, pero menos.

- Autor: Startup Genome.

2. Crece la demanda de inteligencia emocional.

- Autor: David J. Deming.

3. «Prosumidores» y autogeneración de electricidad almacenable.

- Autores: Richard Green e Iain Staffell.